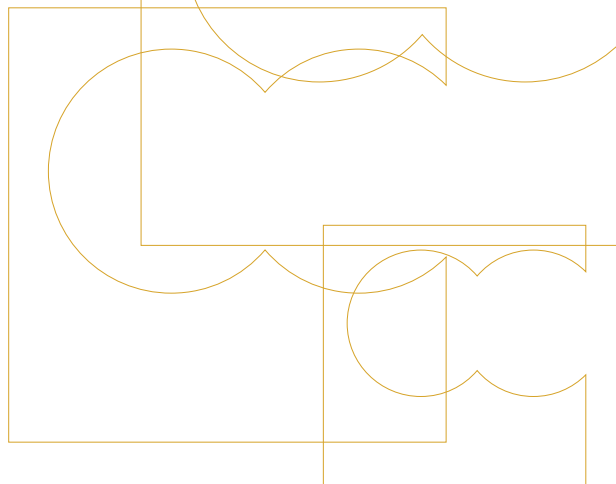


DE UNA JUVENTUD A OTRA

LUIS SANZO GONZÁLEZ

Órgano Estadístico Específico
del Dpto. Igualdad, Justicia y Políticas Sociales





La raíz de los cambios que todavía determinan las condiciones de vida de la población joven en Euskadi se encuentra en una sucesión de crisis económicas cuyo origen se remonta al último cuarto del pasado siglo. La más profunda de ellas llevó en las décadas de los ochenta y noventa a la desaparición de cientos de miles de empleos industriales. Entre 1977 y 1996, la reconversión industrial en Europa provocó la pérdida de 157.000 ocupaciones en Euskadi, una cifra que alcanza casi los 200.000 empleos al sumar las pérdidas ocupacionales del sector primario y la construcción.

La crisis de la industria condicionó durante muchas décadas la forma precaria con la que Euskadi accedía a la sociedad posindustrial. A pesar del impulso del sector servicios, incluidas las ramas más claramente asociadas a la nueva sociedad del bienestar, a mediados de 1996 la terciarización de la economía sólo permitía compensar unas tres cuartas partes de las ocupaciones perdidas en el resto de la economía.

Este desfase se producía además en el contexto de la profunda transformación social y económica que suponía, a finales del pasado siglo, el acceso de la mujer al mercado de trabajo. En 1976, menos de un 27% de la población activa estaba constituida por mujeres. A mediados de los años noventa, sin embargo, la proporción superaba ya el 45% entre la población de 16 a 34 años, un colectivo conformado además por las generaciones anchas del baby boom de los años 50 a 80.

Reconversión industrial, acceso progresivo de la mujer al mercado de trabajo y crecimiento de la población entre 16 y 34 años explican las altísimas tasas de paro existentes en Euskadi en aquel periodo. En el momento más duro de la reconversión, a finales de 1985, la tasa general de desempleo alcanzaba un 24%. Pero la crisis de la primera mitad de los años 90 aún llevaría la tasa de paro a máximos cercanos al 26% a primeros de 1994.

La juventud vasca fue el principal grupo en sufrir las consecuencias de estos cambios. A mediados de los años noventa, un 43,5% de la población entre 16 y 34 años se encontraba en paro o trabajaba con un contrato temporal o sin contrato; y esta población joven concentraba cerca de un 70% del total de casos de desempleo existentes. En la dimensión social, apenas algo más de una quinta parte de la población de 18 a 34 años no estudiante podía mantener un hogar propio. La proporción de quienes lo hacían, viviendo en una situación definida por un predominio del bienestar, era aún menor: no pasaba de un 18% del total.

A pesar de ello, esa pobreza y ausencia de bienestar apenas se manifestaba socialmente. A mediados de los noventa, un 72% de los casos quedaba oculto a los ojos de la sociedad, encerrados en el seno del hogar paterno o materno. Era una pobreza, o precariedad, principalmente encubierta.

La principal consecuencia de esta crisis social fue la paralización de los procesos normales de reproducción social. Su expresión más evidente fue la brutal caída del índice de fecundidad: de 2,65 hijos o hijas por mujer en 1977 a 0,90 en 1994 y 1995. Se trata de una evolución que poca relación tenía con ningún tipo de revolución cultural. Era sobre todo una consecuencia de la pobreza y de la exclusión social.

La situación de aquella juventud tiene sin duda muchos puntos en común con la realidad hoy vivida por la población vasca de 16 a 34 años, una de las que más ha sufrido las consecuencias sobre el empleo de la Gran Recesión y de la pandemia COVID-19. El diagnóstico de

situación de la actual juventud vasca de hoy es muy similar al señalado con anterioridad. La población joven sigue siendo, en este sentido, la principal víctima de las crisis periódicas de nuestra economía.

Sin embargo, sería erróneo quedarse en exclusiva con este diagnóstico y perder de vista algunos hechos relevantes para proyectar sus consecuencias hacia el futuro.

En primer lugar, y en términos generales, las cerca de 62.000 ocupaciones perdidas a primeros de 2021 suponen un 6,2% de caída respecto al máximo de ocupación registrado en 2008. Las cifras se alejan mucho de las más de 140.000 ocupaciones perdidas en Euskadi entre 1977 y 1985, con una reducción del 18,6% en la ocupación en aquel periodo.

De ahí que el desempleo actual en la población de 16 a 34 años tenga un impacto inferior al de otros periodos de crisis. Aunque muy elevada, la tasa de paro del 18,8% de 2021 queda lejos del 35,8% alcanzado en 1995. Frente a las cifras superiores al 70% de 1993 a 1995, o todavía cercanas al 50% en torno a 2008, el peso de la población de 16 a 34 años en el desempleo total es del 38,6% en 2021.

En segundo lugar, el escenario de futuro para la juventud vasca actual, y para quien la sustituirá en los próximos años, es completamente diferente al que tenía la población joven de los años 80 y 90. La consecución de una plena igualdad en las condiciones de trabajo sigue siendo un desafío pendiente, pero la transición hacia una sociedad con plena integración de la mujer en el mercado de

trabajo es un proceso que puede darse por básicamente terminado. En 2021, la población femenina constituye cerca de un 48% de la población activa total.

A pesar de la apertura a la inmigración, la población joven se enfrenta en la actualidad a una mucha menor presión competitiva en el mercado de trabajo. Su limitado peso demográfico contrasta, en este sentido, con el elevado número de personas ocupadas mayores de 55 años, cercanas a la jubilación. En 1995, la población de 16 a 34 años era casi nueve veces superior a la que representaba la población ocupada mayor de 55 años. En 2021, esa relación se reduce a alrededor de 2.

Por tanto, las oportunidades de empleo que se abren a la población hoy menor de 35 años son superiores a las de las generaciones jóvenes del pasado. El nivel de instrucción de la nueva población joven también se abre a mayores oportunidades de empleo, con un peso de las personas con estudios cualificados que se sitúa alrededor de 20 puntos porcentuales por encima del que existía a mediados de los años 90.

Los datos actuales de emancipación nos indican por dónde discurrirá previsiblemente el futuro. Frente a apenas un 30% de jóvenes de 16 a 34 años, no estudiantes, con acceso a una vida plenamente independiente en 1996, la proporción supera el 45% en la actualidad. En la misma línea, el impacto de la pobreza encubierta queda hoy muy lejos de lo conocido en los años 80 o 90 e, incluso, en los primeros años del siglo XXI

No se trata de negar la relevancia de los problemas de la juventud vasca actual.

Pero conviene señalar que el escenario al que se enfrenta en los próximos quince años no es el de ausencia de futuro. Es más bien un escenario de oportunidades abiertas a una vida más normal, con acceso razonable a un empleo estable, una vivienda adecuada y un salario digno.

Esto no significa que nos aproximemos a una sociedad por completo estable. En materia de empleo, el principal reto económico al que se enfrentará la sociedad vasca será el de la extensión de la modernización tecnológica a los servicios. La crisis COVID-19 anticipa un futuro en el que la reducción de la necesidad de fuerza de trabajo se relacionará sobre todo con este sector económico.

Y es en el momento de afrontar las consecuencias de procesos que obligarán a repartir de forma equitativa el empleo y los recursos disponibles, al menos si se quiere frenar el riesgo de una desigualdad creciente, cuando aparecen con claridad los verdaderos desafíos a los que deberán enfrentarse las nuevas generaciones.

No se trata tanto de que éstas se jueguen realmente su futuro en la forma de afrontar estos retos. Dada su mayor cualificación y capacidad de adaptación a la nueva economía digital, es probable que la población joven sufra cada vez menos las consecuencias del riesgo de desempleo en unos servicios que deberán adaptarse a la digitalización y a otras formas de desarrollo tecnológico que, en el pasado, hicieron caer los niveles de empleo en la agricultura o en la industria.

Pero, conforme las generaciones jóvenes vayan accediendo a los puestos de liderazgo político, social y empresarial, las decisiones sobre el modelo de sociedad futuro sí dependerán en gran medida de su posición ideológica. La principal duda es si la individualización creciente de nuestra sociedad dará vida a formas de

organización política inspiradas en el individualismo stirneriano, convirtiendo en supremo el principio económico y social del "Yo único, y su propiedad". O si, por el contrario, pervivirá de alguna manera la visión del hombre (y de la mujer) social que inspiró el debate de los jóvenes hegelianos, de Marx a Feuerbach.